

ello sujetaban lastimosamente la oratoria á varios sistemas, cavilaciones y minuciosas reglas, ahogaban por completo la libre inspiracion, esclavizando por consecuencia el pensamiento, cortando el vuelo á la imaginacion y corrompiendo el gusto: así es que, abandonando el sendero glorioso de sus antecesores, la hicieron decaer de la prodigiosa altura á que ántes había llegado. En los defensores de esta escuela se cuentan, entre otros, á Protágoras, Pródicas, Tisias y Gorgias. De este último, reputado como el mejor de todos, sabemos que era sumamente sutil y amanerado en su estilo, nada conforme con los indestructibles principios de la naturaleza.

Esta escuela tuvo varios competidores, los cuales se propusieron sacar la oratoria del estado de postracion en que desgraciadamente yacía, y elevarla al mayor grado de esplendor, como en efecto lo consiguieron; pues Sócrates, el primero que la impugnó, llegó á desterrar, no sin grandes esfuerzos, el pomposo aparato y estudiada sutileza que los sofistas habían introducido en el campo de la elocuencia, revistiendola con la sencillez y hermosura de la verdad y la fuerza incontrastable de la filosofía. Este varon ilustre, hijo de un escultor y nacido en Alepo, fué victima tambien de la ingratitud y perfidia de los atenienses; pues á causa de haber negado la pluralidad de dioses, enseñando, por el contrario, que no había más que un solo Dios, los éforos expidieron un decreto en virtud del cual fué condenado á beber la mortal cicuta; y se mostró tan grande hasta en sus últimos momentos, que después de apurar la copa con la mayor entereza, prosiguió aconsejando á sus queridos y numerosos discípulos que no olvidasen jamás las sublimes y eternas verdades que les había enseñado. A Sócrates siguieron Isócrates, de estilo sentencioso y maestro de elocuencia; el delicado y elegante Lisias y el docto Iseo, el cual estuvo exclusivamente dedicado á la oratoria judicial, en la que no alcanzó tanto renombre y fama por sus discursos, como por haber sido maestro de Demóstenes, príncipe de los oradores griegos.

Cuentan los historiadores que este esclarecido ateniense, siendo muy niño, quedó huérfano de padre, el cual ejerció la profesión de armero cerca de Atenas; y de aquí provino quizá el entregarse en sus primeros años á la más loca disipacion; pero de tal manera que nadie podía prever, ni por asomo, el gran ruido que como orador estaba destinado á hacer en el mundo. Jamás tuvo aficion por la elocuencia hasta que, habiendo oido al célebre Calistrato, se entusiasmó en tales términos que, sintiéndose inflamado de repente, entró en deseos de consagrarse á la oratoria: á este fin, estudió la Retórica con Iseo, y la Filosofía con Platon; y para formar su propio estilo, copió hasta siete veces las obras de Tucídides, ensayándose en componer con indecible constancia.